Á TRAVÉS DE LAS EDADES.

LAS ARENAS DE PARÍS.

Era en tiempo del emperador Tétrico. Los legionarios romanos, revestidas sus brillantes armaduras, descendían bajo los rayos de un sol ardiente el declive aún adornado de árboles del monte Lucoticio, dirigiéndose hacia las Arenas, en las que ya había tomado sitio la bullidora población de los galos. En los palcos que dominaban el podio algunos senadores protegidos por la sombra del velo de púrpura comentaban las últimas noticias llegadas de Roma, mientras en la arena los gladiadores llegaban á saludar una estatua portátil de Venus, colocada en el centro del circo antes de la apertura de los juegos. Arrastraba el Sena perezosamente sus aguas tranquilas hacia la isla de Lutecia; el altar de Júpiter, elevado en tiempos de Tiberio por los bateleros parisienses en el emplazamiento del antiguo templo druídico, en el sitio ilustrado desde la época del cristianismo por *Notre-Dame*, destacábase en blanco sobre el fondo verde del vecino bosque, y á lo lejos, al otro lado de las villas del norte, sobre la colina gredosa, se distinguían los dos templos sin importancia elevados á Marte y á Mercurio. Espléndido sol de estío iluminaba la ciudad gala,

singularmente transformada por Roma. Julio César quedaba ya casi borrado en el recuerdo de los hombres, porque habían pasado ya trescientos veintiséis años desde el día en que el dictador llegó para convocar en Lutecia la asamblea de los galos preparados á marchar contra la ciudad de Sens, capital entonces de la región; empezaba á oirse hablar de Jesucristo, el culto del cual había pasado apenas más allá de Lyon; pero lo que en primer término preocupaba la opinión pública eran las continuadas é incesantes amenazas de los francos, que, rechazados hacía poco á sus posiciones en la orilla derecha del Rhin, gracias á las últimas victorias de Póstumo, habíanse rehecho luego de la muerte de su vencedor, y reanudaban sus correrías por el este de la Galia. Circulaba el rumor de que Tétrico, gobernador más que emperador de la Galia, había invitado á Aurelio para que llegase de Roma á arrojar al otro lado del Rhin á los bárbaros de la Germania, y, con motivo de esta invitación, esperábase que comenzasen los horrores de una nueva guerra asoladora.

*
* *

De aquí que aquel día la muchedumbre no prestase sino muy mediana atención á los combates de los gladiadores, cuando de pronto, en lo más alto de la gradería, vióse aparecer un hombre de elevada estatura vestido al modo de los antiguos druidas, quien no en latín, pero sí en lengua céltica apostrofó de esta suerte á sus más próximos vecinos, en medio de la estupefacción de éstos y del concurso todo: « Habitantes de

Lutecia; todos vosotros estáis animados del patriotismo más ardiente, pero Lutecia no es eterna y antes de dos siglos habrá cambiado de nombre. Galos, hermanos míos, vosotros combatís denodadamente para afirmar vuestra preponderancia, pero la Galia no sobrevivirá á Lutecia, y caerá sin remedio nuestra nacionalidad como ha caído nuestra religión. Romanos que domináis el mundo, vosotros tremoláis al viento vuestros estandartes y quemáis incienso en los altares de vuestros templos; pero de aquí á unos siglos no más, ni vosotros, ni vuestros dioses, existiréis en el mundo! Y vosotras, campiñas solitarias, riberas silenciosas que sombrea el tembloroso follaje de los sauces, verdes praderas que pueblan los ganados, valles y colinas, campos y bosques, todos vosotros vais á desaparecer bajo la ciudad inmensa cuya gloria eclipsará la de Roma y la de Atenas y cuyo cetro poderoso dominará á todas las antiguas ciudades de la Galia, alcanzando su poderío hasta más allá de Lyon, de Nimes y de Marsella! Todo cuanto veis, es apariencia tan sólo. Todo cuanto pensáis es falso. Lo verdadero, es lo desconocido. »

Rugido inmenso y formidable cubrió estas últimas palabras, y ya los soldados romanos se precipitaban sobre el profeta, cuando una mujer salida de las filas del pueblo los detuvo con un ademán. Era una hechicera, una especie de sonámbula de la época, á quien precisamente el jefe de los soldados consultara la víspera, por lo que retrocedió ante ella haciendo retroceder á sus subordinados.

« Este hombre tiene razón, — dijo ella acercándose al druida : — Más valen nuestras invocaciones á los

manes que vuestros libros sibilíticos. Lutecia desaparecerá borrándose su nombre ante el de la ciudad de los parisienses; desaparecerá la Galia para dejar su sitio á la Francia; desaparecerán también vuestros dioses para ceder sus templos á las iglesias de los cristianos. Vendrá el día en que nuestros descendientes, al pasar por aquí, encontrarán estas arenas y este teatro de bufones sepultados bajo el polvo de los siglos, y se preguntarán si hemos vivido alguna vez. »

Mientras ella hablaba, el poeta había desaparecido. Ganó la mujer el sitio que antes ocupaba en la gradinata, y los soldados el vomitorio para dirigirse á los suyos respectivos. Habíase apaciguado el tumulto : un magnífico león recientemente enviado de las colonias de África acababa de hacer su entrada en la arena, y para poner fin al espectáculo se arrojaba furioso sobre un infeliz condenado á muerte.

*
* *

Han transcurrido diez y seis siglos. Constancio Cloro ha edificado el palacio de las Thermas: Juliano, Clodoveo, Carlomagno, San Luis, Felipe Augusto, han á su vez transformado y desarrollado á Lutecia convertida en capital. Luis XI, Francisco 1°, Enrique IV, han impreso al aspecto de la Francia, el sello de diferentes fisonomías; hanse sucedido reinados é imperios; las dinastías se han levantado para hundirse luego; han nivelado las revoluciones. Como Luis XIV preparó á Luis XVI, Robespierre anunció á Napoleón; Waterloo ha anulado á Austerlitz, y en nuestros días, en menos de un siglo, dos dinastías

imperiales y tres repúblicas han dejado sobre el suelo de París las huellas de su paso.

Han desaparecido las antiguas Arenas á favor de la sucesión de las generaciones humanas; su emplazamiento ha sido ocupado sucesivamente, seguiendo las vicisitudes de las cosas, por las viñas de la Abadía de San Víctor, por los conventos que sucedieron á la Abadía, por las diferentes habitaciones construídas después. Historiadores y anticuarios han perdido hasta el recuerdo de su existencia y aun no hace mucho que el nombre mismo de *cercado de las arenas* concedido á ciertos terrenos como un resto de naufragios antiguos, se discutía y se contestaba con calor.

Cuando abstraído en mis recuerdos, sentado sobre la hierba que cubre las antiguas graderías del anfiteatro pensaba yo en los siglos que pasaran, tan sólo distraído por un nido de gorriones en el que cuatro pequeñuelos implumes piaban abriendo desmesuradamente sus picos cada vez que el padre y la madre les ingurgitaban el alimento, me pareció que la dinastía de los gorriones, que desde hace dos mil años y más aún no ha cesado de reinar, de cantar, de poner, de incubar y de perpetuarse en este rincón de París, tiene como ningún humano, sea el que fuere, derecho para considerarse propietaria legítima de ese suelo sobre el que tantos inquilinos diferentes se han sucedido sin dejar huella alguna de su paso. Y pensaba también que si á dos ruiseñores de los que pueblan el parque de Chantilly les fuese permitido discutir entre ellos en su lenguaje encantador, los títulos de propiedad de ese dominio, no llegarían jamás á concebir que no es á ellos á quienes tal propiedad corresponde sino

á un señor que se llamaba ayer X, que hoy se llama Y, y que se llamará Z mañana. Y mientras tanto, á mis pies, había cinco esqueletos que me miraban con singular contracción de mandíbulas.

*
* *

Cinco esqueletos enteros, admirablemente conservados de la cabeza á los pies, recién sacados á la luz al remover el terreno de las Arenas; cinco esqueletos de galos en la fuerza de su edad. Desde hace quince siglos quizás, ó más aún, debían dormir allí bajo los ruidos de la ciudad enorme en la noche de la tierra que los aplastaba. Sobre ellos han pasado las generaciones y los acontecimientos y las incoherencias de la historia. Los conventos han entonado sobre ellos sus letanías, y han florecido los jardines, y han jugado inocentes los niños, y los árboles han crecido y los pájaros modulado sus más tiernas canciones: sobre ellos se edificaron casas en las que habitaron Dios sabe cuántas generaciones; sobre ellos también, en medio de las viñas, dió Abelardo á la población estudiosa de París sus elocuentes conferencias; el Dante, que erraba entre los vivos como entre los muertos, llegó á sentarse sobre ellos; sobre ellos Descartes y Pascal pensaron en el problema insoluble de nuestro destino; sobre ellos, pisándolos, celebraron los burgueses la llegada de Enrique IV; el Terror bailó sobre ellos la carmañola, y sobre ellos en fin, pasaron de siglo en siglo, las edades todas de la Historia. Y allí están ellos acostados, como si durmiesen. Hablan, sin embargo; hablan con más elocuencia que los vivos de la insta-

bilidad de las cosas, de la rapidez con que los pueblos pasan, arrastrados en la vida como los torbellinos de polvo por las carreteras.

Uno de ellos tiene abierta la boca, pero tan desmesuradamente, que me ha sido posible meter la mano medio cerrada entre sus dos mandíbulas cuya abertura mide 46 milímetros.

Otro tiene la cabeza vuelta hacia la derecha y dobla aún el brazo del mismo lado; la mano bajo el cráneo y el codo en alto, parece como que pretende defenderse de la tierra bajo la cual sería ahogado.

No es posible mirarlos sin adquirir el convencimiento de que se halla uno en presencia de un crimen ó por lo menos de un drama espantoso.

Lo que complica la situación es que están enterrados por parejas, probablemente un muerto con un vivo, porque en cada una de las dos parejas el esqueleto de la izquierda aparece en actitud tranquila, natural, en tanto que el de la derecha muestra, uno la boca desmesuradamente abierta, otro el brazo levantado en actitud de garantir su cabeza ladeada. El quinto esqueleto está enterrado solo. Se han encontrado quince más, y nada indica que la arqueológica exhumación haya terminado. Ni el menor vestigio de ataúdes; muchos esqueletos reunidos por parejas, y muchos de ellos sorprendidos sin duda por la muerte en una convulsión suprema.

¿Quiénes eran esos hombres, esos hermanos de nuestra raza, esos progenitores, dormidos hace tanto tiempo? Cien diferentes conjeturas se ofrecían á la imaginación del historiador: porque son muchos los *in pace* que durante la época del feudalismo se cerraron sobre infelices enterrados en vida; y muchos los crímenes cometidos á las puertas de París en todos los tiempos y en todas las edades; y en aquellos días en que los juegos del circo ponían en presencia de leones y panteras á gladiadores, presos, condenados y cristianos, no fueron pocos los que dejaron sus huesos junto al lugar de su suplicio. ¿Acaso la historia de Francia no es, como la de todos los pueblos, la historia de la barbarie? Acordémonos del primero y uno de los más ilustres de nuestros reyes, de Clodoveo el fundador de la monarquía francesa: recordemos que después de matar á Siagrio rey pagano de Soissons, á Alarico, rey cristiano pero arriano, de los visigodos, y hecho asesinar á Sigisberto rey de los francos ripuarios por su propio hijo Cloderico, y luego á este mismo y más tarde á Chararico y á su unigénito y luego á Rignomer, rey del Mans, se acordó de que aun le quedaban dos parientes, dos estorbos, Ragnacairo, rey de Cambrai y su hermano Ricairo y se dió maña para tenderles una celada y abrirles la cabeza de un hachazo, reprochándoles aún su candidez por haberse dejado coger en el lazo infame; después de todo lo cual, presa, según se dice, de remordimientos, exclamaba: « Desgraciado de mí que me encuentro solo como un viajero entre gente extraña, y que no tengo ni un solo pariente que en caso de adversidad pueda prestarme ayuda!... » ¡El infeliz!... — Acordémonos también de los reyes cristianísimos Childeberto y Clotario que para no verse en la necesidad de repartir el reino no encontraron mejor solución que la de pedir á su abuela Clotilde que les enviase á sus sobrinos, niños todavía, y apuñalarlos con sus propias manos en

cuanto los tuvieron en su presencia : y acordémonos de Fredegunda y de Brunequilda, y de todos los dramas de ese período de nuestra historia, y no nos asustará la idea de pensar que el subsuelo de París es una necrópolis de víctimas.

*
* *

Sin embargo, esos esqueletos de las Arenas parecen testimonios de otro orden distinto, y casi puede afirmarse que no son ni víctimas reales ni mártires cristianos. Pueden notarse tres hechos esenciales : fueron enterrados por parejas, tienen orientadas sus cabezas al oeste, y llevan á los pies una piedra de gran tamaño. Pues bien, estos mismos hechos han sido observados en los cementerios galos en que los arqueólogos han practicado excavaciones, especialmente en el departamento del Marne y en Alstadt. Pero, ¿por qué y cómo ese vivo enterrado junto á un muerto? Si fuera una mujer podrían invocarse las bárbaras costumbres análogas á las practicadas entre los indios; pero no es creible que en nuestra tierra, donde la inteligencia de la mujer no parece haber sido nunca inferior á la del hombre, costumbres de esa clase hayan podido tomar carta de naturaleza... al contrario. Además, esos compañeros de tumba no son mujeres. ¿Existe alguna reminiscencia de que hayan sido ejecutados hombres sin más crimen que su deseo de seguir á un amigo al otro mundo?... Sí.

Abramos los *Comentarios* de César por su libro tercero, cap. XXII, y podremos leer: « Los galos se unen entre sí por juramentos: en virtud de los mismos

comparten con sus jefes á quienes se han unido, todas las ventajas de que éstos disfrutan durante su existencia ; y si son víctimas de una venganza se asocian á los mismos peligros y se dan la muerte, y no hay memoria de que uno solo de entre ellos se haya resistido á morir después de muerto aquel á quien se hubiese consagrado. »

Pomponio Mela se expresa en términos muy semejantes.

« Hay algunos — dice — que voluntariamente se colocan sobre la pira de sus amigos como convencidos de que deben seguir viviendo juntos en la otra vida. » « Su fé en la inmortalidad es tan absoluta — dice en otro lugar — que el arreglo de ciertos asuntos y aun el pago de los créditos se remite como debiendo tener lugar en los infiernos. »

Igual testimonio encontramos en Valerio Máximo:

« Después de dejar á Marsella, — nos dice — encontré en vigor la antigua costumbre de los galos, que estipularon como es sabido, prestarse dinero mutuamente para restituírselo en los infiernos, porque están persuadidos de que las almas de los hombres son inmortales. »

Curiosas informaciones á este propósito son las que nos dejó Posidonio que visitó la Galia antes que César y que la conocía mejor que el conquistador. Si un galo en peligro de muerte tenía necesidad de seguir viviendo para bien de su familia ó de su patria, con la mayor facilidad encontraba un sustituto que se hacía matar alegremente en vez del otro. « En este caso, — escribe Juan Reynaud, — llegaba el sustituto acompañado de un ejército de amigos y estipulaba como precio de su

trabajo una pequeña suma que recibía en el acto y en el acto distribuía como último recuerdo entre sus amigos. Con frecuencia, el precio, en vez de metálico, era un tonel de vino; entonces levantaban una especie de estrado, improvisábase una fiesta, y terminado el banquete nuestro héroe se acostaba sobre su escudo y haciéndose descuartizar emprendía el último viaje. Y esto sin dar molestia, sencillamente; porque ante esa ruptura que cierra el camino y que, no bien determinada asusta á aquellos cuya imaginación teme encontrar un abismo al dar el salto, el galo, persuadido de que sólo se trataba de cruzar un foso, saltaba sonriente al lado opuesto de la vida, y seguía el camino. »

Con frecuencia, cerca de los cadáveres, se encuentran restos de vituallas y copas puestas al alcance de sus manos, como provisiones para el gran viaje. También á veces les encargaban comisiones para los parientes fallecidos mucho tiempo antes.

Aquí por desgracia, en las excavaciones practicadas en las arenas, no se han encontrado vasos, ni ornamentos ni monedas, ni resto alguno de sarcófagos, de modo que es imposible precisar la fecha de las inhumaciones. « Si tuviese solamente un fragmento de vaso — me decía ayer Enrique de Cleuziou, podría con seguridad indicar el siglo : pero esas inhumaciones siendo como son incontestablemente galas, pueden ser de fecha posterior. » De Cleuziou opina que son anteriores : por mi parte las creo más recientes, primero porque están hechas un poco por debajo del antiguo nivel de la arena, lo mismo que si hubiesen cavado fosos en aquel sitio, en tanto que con anterioridad á la construcción de las Arenas la pendiente de la colina

pasaba muchos metros más allá ; segundo, porque las tierras que pesan sobre estas inhumaciones, son tierras de aluvión ; (yo he encontrado en ella conchas de caracoles de viña y de otras especies, detritus, carbones, cenizas, etc.)

Según todas las probabilidades, esos esqueletos lo son de galos enterrados en el suelo mismo, según los ritos druídicos en los primeros tiempos de la monarquía de los francos. Como quiera que sea, es lo cierto que se callan, que nada nos dicen acerca de su historia.

*
* *

Vosotros que desde hace tantos siglos dormís bajo el suelo hollado por los sicambros de Clodoveo; vosotros que sin duda estabais ya ahí el día en que hiriendo con su planta la tierra en que yacíais el rey bárbaro clavó su lanza con toda la fuerza de su nervudo brazo sobre el punto en que el Dios de Clotilde le pedía un templo, levantaos de vuestros sepulcros de arcilla, y referidnos los antiguos combates de que fuisteis los héroes y las víctimas. Despertad á la luz de ese mismo sol que os iluminó un día, evocad vuestros recuerdos, y decidnos bajo qué manos habéis sucumbido. ¿Por qué estaís ahí y por qué os encontramos? Las cenizas de César, de Vercingetorix, de Augusto, de Tiberio, de Sabino, de Juliano, de Clodoveo, de San Luis, no existen ya ; pero vosotros, testigos de los siglos que pasaron, estáis ahí, en nuestra presencia, para hablarnos de los acontecimientos de que no hay memoria, y permanecéis mudos é inmóviles

á nuestros pies, insensibles al sol de Junio que os calienta, como á la lluvia de tempestad que cae en las cuencas de vuestros ojos y lava vuestros huesos blanqueados, como al caracol que se arrastra babeando sobre vuestros dientes admirablemente conservados... ¡Pero, bah! ¿á qué despertaros? Si pudieseis hablar no nos entenderíais; entonces seríais vosotros los vivos y nosotros los difuntos. Porque vosotros existiríais contemporáneos de vuestro siglo, y nosotros, hijos de otra edad, sea ésta futura ó pasada, no entenderíamos vuestro lenguaje, no viviríamos de vuestra vida; á nuestra vez seríamos extranjeros para vosotros; nos mostraríamos sordos, como ahora os mostráis mudos.

Con efecto, ¿quién de entre nosotros sería capaz de entender la lengua hablada en París en el siglo V de nuestra era, en el VI, en el VII, aun en el X! En menos de diez siglos, en el espacio de tiempo que han visto diez centurias, transfórmase completamente la lengua de un pueblo: la décima de esas centurias sería incapaz de leer una página escrita por la primera. Si en nuestros días Carlomagno resucitase en el boulevard de los Italianos y preguntase el camino para ir á Notre-Dame, no sería entendido de ningún francés; perdido por París no reconocería ningún sitio, ninguna calle, ningún edificio. En algunos siglos todo se transforma. ¿Y aún creemos eternas las naciones?

Si un arqueólogo de las edades futuras encontrase nuestros restos hacia el año 2900 y nos etiquetase á su vez conduciéndonos con todo el cuidado indispensable para evitar deterioros á un nuevo museo Carnavalet, y allí nos fuese dado oir las conversaciones que se tuviesen junto á nosotros, no entenderíamos una sola

palabra, porque para entonces ya no se hablará francés en París.

Tal es la ley de las cosas. Las lenguas se transforman igual que los seres, como las ideas, lo mismo que los pueblos. En mil años solamente todo se ha modificado de un modo insensible, pero completo. ¿Y qué significan mil años en la historia de la naturaleza? La hulla que alimenta los hogares de la moderna industria, la hulla de la que sacamos el gas que nos alumbra fué formada por el amontonamiento de los bosques primarios en época en que aún en nuestro planeta no existían las estaciones y en que la temperatura era la misma en los polos que en el ecuador. Esa época primaria durante la cual Francia estaba casi toda en formación aún en el fondo de los mares, y después de la cual las aguas han alternativamente invadido y dejado en seco el terreno sobre el que hoy París se yergue orgulloso, es incontestablemente anterior á la nuestra de *muchos millones de años*. En presencia de tales edades, diez mil años no representan una hora de nuestra vida: cien mil años apenas equivalen á un día. Y sin embargo, sabemos que diez mil años hace, ni el menor indicio podía hacer sospechar la futura creación de París á orillas del Sena, desierto entonces y solitario en su curso á través de los bosques; y presentimos que dentro de diez mil años no existirá París, como no existe Nínive, ni Babilonia, ni Tebas, ni Menfis. Presentimos que Francia no existirá, como Francia al menos; como no existirán Inglaterra, Alemania, España, Italia; y que no se hablará ninguna de las lenguas actuales; y que ninguna de las actuales banderas será tremolada al viento.

*
* *

He aquí el lenguaje que me hablaban los esqueletos de las Arenas de París, en su silencio mil veces más elocuente que cualquier humano discurso. Me decían así : « Todo pasa pronto, todo ha pasado, todo pasará. La vida es corta y el hombre pasa mucho más tiempo muerto que vivo. Pero esto que llamáis muerte, como eso á que dais el nombre de vida, no es más que apariencia. Metamórfosis eterna del porvenir universal. Nosotros morimos con la Galia; y sin embargo ya lo veis : sobre nuestros sepulcros florece la rosa, canta el pájaro, se llenan los nidos de murmullos, sueña el pensador y observa, esparce el sol su luz vivificante y la naturaleza entera continúa su obra. Vuestros ojos de carne no ven la verdad; aspectos, formas, accidentes, son fugitivos y pasajeros : lo que perdura, lo que vive, lo que rige el mundo es lo invisible. No viváis con los sentidos, vivid con el espíritu. »

LA MOMIA. (*)

Suprema emoción cortó las conversaciones en los labios, los alientos quedaron como suspendidos en los pechos y paralizadas las palpitaciones del corazón de cada uno de los que presenciaban el acto, cuando el egiptólogo, inclinado sobre el sudario, leyó, en caracteres irrecusables escrito, el nombre ilustre de Sesostris, rey de los dioses y de los hombres, faraón contemporáneo de Moisés que desde tres mil trescientos años antes dormía allí su último sueño. Ya sobre la cubierta de madera del ataúd habían descifrado los orientalistas el nombre real, contenido en el acta del embalsamamiento escrita por el gran sacerdote : pero la inscripción del sudario disipaba las últimas dudas. Fué levantada la mortaja con precauciones infinitas, viéndose que, debajo de ella, ancha banda de tela envolvía el cuerpo ; desarrolláronla, y encontróse un segundo sudario cosido ; luego dos capas de cintillas y una pieza de finísima tela que protegía el cadáver, de la cabeza á los pies. Modelaba esta tela las formas todas del cuerpo, grande y sólidamente constituído, y en ella aparecía pintada con colores rojo y negro una imagen de la diosa Monit, de un metro de altura. Al

(*) Refiérese el autor á la momia de Sesostris, encontrada en 1º de Junio de 1886 por M. Maspero en Deïr-el-Bahari.